

La infancia y la experiencia histórica disciplinaria¹

Childhood and historical experience

Adrián Eduardo Arano Lazo*

aeal07@yahoo.com.mx

Resumen

Mirar a los niños desde el ámbito de lo cotidiano y percibir las formas que tienen de habitar el mundo, por lo general remite a interpretaciones cargadas de ingenuidad que tienden a naturalizar las vivencias de infancia. Por tal razón en el presente trabajo se problematiza desde una perspectiva histórica, de raíz crítica, la noción de experiencia histórica de infancia propia del mundo moderno.

Palabras clave: infancia, experiencia histórica, disciplina, subjetividad.

Abstract

Watch the children from the realm of every day and perceive the ways in which they inhabit the world, usually refers to the interpretations full of ingenuity that tend to naturalize the childhood experiences. For this reason in the present work, we found a problem from a historical perspective of critical root the historical experience notion of childhood in the modern world.

Keywords: children, historical experience, discipline, subjectivity

Recibido: 09/12/2015 - Aceptado: 09/01/2016

Habrá que decir que en toda época de forma implícita o explícita, la experiencia suele estar atravesada por pautas culturales, sociales y epistémicas que marcan sus condiciones de posibilidad, estas condiciones operan delineando los parámetros de lo vivenciable y los límites de la experiencia.

En relación a ello, Foucault desarrolla un análisis histórico sobre dicha temática ligándola “no sólo a la historia de las ideas o las teorías, sino a la historia misma de la subjetividad o, si lo prefieren a la historia de las prácticas de la subjetividad”². Al respecto señala dos grandes momentos que han configurado históricamente la experiencia posible.

¹ Este artículo se escribió durante mi estancia en el programa de doctorado en el Instituto Superior en Ciencias de la Educación del Estado de México y se desprende del trabajo de tesis: Imágenes de la infancia: devenir histórico y quiebres epistémicos, que realice como estudiante.

* Instituto Superior en Ciencias de la Educación del Estado de México.

² Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto*, México. FCE, 2004, p.29.

Advierte con suma claridad que en el mundo griego clásico y en el mundo romano antiguo se constituyó una cultura del cuidado de sí³, que marcó los códigos éticos y construyó los dispositivos que mediaban el acontecer de la experiencia histórica. Experiencia resguardada en la puesta en acto de prácticas rituales tradicionales, incorporadas como técnicas ascéticas que promovieron el cuidado ético de la subjetividad, al permitir que el sujeto estableciera una profunda relación espiritual consigo mismo en la travesía espiritual y existencial que implicaba la compleja construcción de una verdad interior que le posibilitara situarse éticamente frente a sí, frente a los otros y frente a la polis.

Este precepto ético del cuidado de sí que floreció en el mundo antiguo, marcando un hito en la historia de las ideas y en la historia de la subjetividad, configurando las pautas de la experiencia histórica, fue difuminándose lentamente, y con el advenimiento de la Modernidad aquella voz socrática que inquietaba y conminaba a la juventud ateniese a ocuparse o a preocuparse de sí, abandonando ese estado de olvido radical, fue silenciada por una voz cartesiana que resonó en el horizonte, apelando por el conócete a ti mismo, estableciéndose con ello un giro radical en la historia de las ideas, que marcó un momento de quiebre y emergencia en las prácticas de la subjetividad o en las formas de precipitación de la experiencia posible.⁴

A partir de este momento histórico se implanta sobre la realidad un nuevo sistema de pensamiento, las ideas giran, las mentalidades mutan, la subjetividad cambia y sus mecanismos históricos de elaboración se transforman. Asistimos con ello a un giro en la historia, en el que la experiencia toma el camino universal de la racionalidad (método) y asume los cánones de la razón científica.

Partiendo de estas premisas y siguiendo a Fortanet⁵, podríamos entender que el concepto experiencia se encuentra ligado a la historia de las ideas y se imbrica a la intención de dar cuenta de la ontología histórica del nosotros mismos, dejando entrever que la noción de experiencia está profundamente atravesada por la política.

Desde este emplazamiento que concibe la experiencia como una expresión histórica y política, resulta pertinente señalar que Foucault la conceptúa como “la correlación dentro de una cultura, entre

³ Desde ese retorno que emprende Foucault hacia el mundo griego clásico y romano antiguo, en el afán de elaborar una genealogía del sujeto deseante, “que le permitiera analizar las prácticas por las que los individuos se vieron llevados a prestarse atención a ellos mismos, a descubrir, a reconocerse y a declararse como sujeto de deseo”, a través de un profundo trabajo de archivo y de una mirada minuciosa y detallada descubre que en esos mundos prendió una cultura del cuidado de sí, que estableció como precepto ético la conminación a cuidar de la representación y de la acción como una práctica cotidiana a través de la cual el sujeto establecía una relación reflexiva consigo mismo que le permitía situarse ética y políticamente frente a sí, frente a los otros y de cara a la polis. Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 2 – El uso de los placeres*. México, S.XXI editores, 2003. p. 9.

⁴ Desde la perspectiva de Foucault, el momento de ruptura que marca el pasaje de la tradición griega, romana y cristiana antigua en lo referente a las formas en que se vive la experiencia de ser sujeto, refiere al momento cartesiano, aunque con ello no alude a la presencia de una figura histórica omnipotente que por sí misma dio origen a una nueva época, sino a la culminación de un movimiento histórico que inscrito en el terreno de las ideas y de las teorías llega a su punto más álgido conquistando hegemonía en el momento concreto en que converge la potencia de un pensador que sintetiza y expresa a través de propia voz la fuerza de una tradición, con las condiciones históricas que favorecen la implantación de esos discursos en el ámbito de la realidad.

⁵ Fortanet, Joaquín. “La cuestión de la experiencia en el primer Foucault”. En: <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fortanet55.pdf> (consulta: 06 mayo 2015)

campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad,”⁶ que definen la ontología histórica del sujeto, dando cuenta de los procesos que median la construcción de la subjetividad y la constituyen como un referente de época.

Esto implica situar la noción de experiencia en un punto de cruce donde una racionalidad que instituye discursividades hegemónicas, un proceso de intervención constructor de sus propias prácticas y una teleología afianzada a sus grandes finalidades convergen estratégicamente.

Podemos hablar por lo tanto de una experiencia sometida a la historia, es decir, de las formaciones históricas mediante las cuales en cada época, cada una de las experiencias cobran sentido, se hacen pensables y se expresan según toda una serie de reglas discursivas, prácticas, saberes y poderes.⁷

Se alude con ello, a una experiencia de corte histórico que en el contexto de la modernidad, asumió como rasgo particular, el situarse más allá de la conciencia del sujeto, el sujeto simplemente la vive y se constituye en ella, ahí se juega su existir, juzgándose como loco, criminal, sujeto sexual o niño, se pone en acto así, la experiencia de la sujetación y la sujeción de la experiencia.

Desde esta perspectiva, hablar de la experiencia infantil implicaría ubicarla inmersa en coordenadas históricas, y para tal fin tendríamos que situarnos con suma puntualidad en el momento de quiebro epistémico e histórico que marca el pasaje del Antiguo Régimen al mundo Moderno, momento tenso que establece las condiciones de emergencia histórica de la infancia como figura social y conceptual.

Por ello, siguiendo la ruta de la línea política que subyace a la noción experiencia, es importante advertir que se encuentra profundamente imbricada a proyectos históricos sostenidos en una racionalidad de época que establece un orden discursivo, construye códigos, valores y esquemas perceptivos, dispensando una condición identitaria para las cosas, mediante una acción nominativa que a su vez configura inevitablemente lo otro, lo absurdo, lo negativo, lo incongruente, estableciendo límites frente al pensamiento y la experiencia posible.

De tal suerte que la afirmación de un proyecto histórico genera una relación estructural en la que lo Mismo y lo Otro operan como las caras opuestas de la misma moneda, desde esa relación se establece la ley interior de las cosas, su identidad, sus semejanzas, sus conexiones, y a través de ese mismo acto se enuncian las desviaciones e irregularidades que violentan su imagen identitaria, aludiéndose con ello a una relación intrincada en la que lo Mismo refiere inevitablemente a lo Otro.

Se observa así, que en todos los momentos de la historia lo Mismo representa el relato hegemónico y la imagen idealizada inscrita en el horizonte, mientras que lo Otro representa la narrativa disidente y la imagen negativa que da vida a figuras de la alteridad, figuras que suelen ser arrojadas a la sombra, cargando con el pesado lastre de la exclusión social.

Situados bajo la historia intrincada de lo Mismo y lo Otro, aparecen transitando por la vereda luminosa de lo Mismo la figura poderosa del hombre investido de razón y de bondad, a la postre, la figura disminuida del sujeto como una invención reciente, que más allá de los grandes humanismos evoca un desgarrón en el orden de las cosas que lo relata mediante los saberes provenientes de las ciencias humanas.

Por otro lado, recorriendo la vereda sombría de la historia, podemos ubicar como figuras de alteridad al leproso, al venéreo, al apestado, al loco y al niño como portavoces históricos de la

⁶ Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 2 – El uso de los placeres...*, p.8.

⁷ Fortanet, Joaquín. *Op. cit.*

anomalía, la desviación, la irregularidad, la diferencia, es decir, como figuras otras que interpelan las imágenes identitarias idealizadas.⁸

Sumergidos en este transitar incesante del tiempo, de las ideas y de las prácticas sociales, consideramos pertinente precisar que el leproso representó la figura maldita de la Edad Media, con la misma intensidad con la que el loco y el niño se posicionaron como el gran síntoma de la Modernidad, al cuestionar con su presencia la historia de lo Mismo interpelando el orden del discurso.

Partiendo de esta premisa, vale decir que en el contexto de la Modernidad el peso vouyerista de la mirada clínica cayó sobre el cuerpo del loco, poniendo en acto una desgarradura en la historia política de las ideas, de la verdad y de las prácticas de exclusión al establecer el giro que va de la concepción trágica de la locura a la concepción de la enfermedad mental, inscrita en una mirada clínica que cimentó las bases del encierro, e inauguró con ello la experiencia moderna de la locura⁹. En este contexto que marca el pasaje de la Episteme clásica a la Episteme moderna, el cuerpo y la psique infantil también se expusieron como pliegos textuales y a partir de la mirada positiva del saber médico se instauró lentamente un poder psiquiátrico que sustentó sus discursos de anatomía patológica y psicopatología sobre la figura del niño, psiquiatrizando a la infancia.

Al respecto Foucault, plantea desde una genealogía de la anormalidad, la existencia de tres figuras de la alteridad inscritas al mundo moderno: “el monstruo humano, el individuo a corregir y el niño masturbador”¹⁰, mirados como modelos negativos que encarnan la anomalía, la irregularidad y la desviación.

Se alude con ello, en relación a la infancia, al cuerpo deseante, al cuerpo del placer y al cuerpo no mecanizado y desobediente que será tomado como objeto de estudio e intervención de una psiquiatría de carácter policial que trazará los significantes para la constitución de una imagen de infancia normal, regular y recta, así como los parámetros de la desviación que dan pauta y legitiman la persecución e intervención ejercida sobre el niño.

Será la figura perversa del niño masturbador ligada a la idea de la universalidad del onanismo, la que produzca una imagen universal de infancia, donde todo niño resulta un potencial masturbador, desde este referente, su cuerpo deseante será investido de ideas que ligan la culminación de su deseo sexual autoerótico a la patología corporal, la patología sexual, la monstruosidad moral, la criminalidad y la decadencia social.

Aunado a ello, será la imagen disfuncional del niño incorregible apartada de la regla, de una concepción de la ética afianzada a la obediencia y la productividad, la que condenará al cuerpo y psique infantil a adoptar una imagen que inscribe la experiencia de ser niño en los códigos morales de la normalidad.

En este sentido, en *vigilar y castigar*¹¹, con dos imágenes se logra capturar rasgos significativos de la experiencia histórica de la infancia. En la primera imagen se muestra, a través de una lámina, un pequeño arbusto de tronco curvo y de aspecto ralo, cuya belleza espontánea se encuentra sometida por la sutil fuerza de un tutor que violenta su naturaleza, pretendiendo “corregir” mediante esta intervención ortopédica su figura “deforme”.

La segunda imagen muestra un artefacto mecánico llamado: “máquina para la corrección celenífera de las niñas y de los niños”¹², dicho artefacto funcionó como un instrumento de castigo diseñado exclusivamente para la corrección de “niños perezosos, golosos, rebeldes, revoltosos,

⁸ Foucault, Michel. *La historia de la locura en la época clásica*, FCE, México, 2006.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Foucault, Michel. *Los anormales*. México, FCE, 2014., p. 62.

¹¹ Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI, 2004. Lámina 30.

¹² *Ibidem*., Lámina 29.

insolentes, pendencieros, acusones, charlatanes, irreligiosos o con cualquier otro defecto”. En este punto, podemos decir que ambas imágenes retratan una época, permitiendo exponer con mayor precisión la premisa que atribuye a la experiencia infantil un carácter histórico imbricado a la dimensión de lo colectivo, dando cuenta de una experiencia de corte epocal atravesada por una multiplicidad de discursos y prácticas que operan desde lo cotidiano, con la intención estratégica de domesticar el cuerpo, orientar la conducta y el pensamiento del niño, marcando los ejes de la experiencia posible e infantilizando la experiencia.

Desde esta premisa, se advierte con claridad que el mundo creador de las luces de la razón, también inventó los grandes discursos, las ingeniosas maquinarias políticas y las minuciosas prácticas que se consolidaron lentamente como instrumentos que configuraron la experiencia moderna. De tal forma que, a partir del siglo XVIII, biopoder y disciplina convergerán lentamente en la conducción del cuerpo y la psique del niño, estableciendo los ejes de la experiencia.

A partir de ese momento histórico, los mecanismos de ejercicio del poder mutan operando transformaciones profundas que instituyen formas positivas revestidas de sutileza que trascendiendo a las antiguas sociedades de soberanía y el código del derecho monárquico de vida y muerte, se cargan de un espíritu positivo envistiéndose como un poder que “se ejerce sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales”¹³

Se fincan así, las raíces históricas de un poder que tomó como objetivo la administración de la vida, y se inaugura con ello la época del biopoder, un poder que se ejerce administrando los cuerpos, configurando el pensamiento, gestionando la vida. Poder que desde su origen consideró a los niños como el blanco estratégico más importante sobre el cual era necesario intervenir, marcando los ejes de la experiencia infantil.

Experiencia tejida por fibras históricas, políticas, epistémicas y técnicas que desde el momento de emergencia de la infancia como imagen conceptual atravesara la existencia infantil, trazando imágenes diversas en el devenir del tiempo y mecanismos políticos cada vez más eficaces, sutiles o seductores, que serán orientados hacia la conducción de la experiencia, apuntando inevitablemente a la pretensión estratégica de construir una adecuación especular perfecta entre imagen e infancia.

Conclusión

Si bien es cierto que desde la invención del concepto infancia, la experiencia histórica infantil fue encausada por prácticas biopolíticas y disciplinarias, resulta evidente que en la actualidad, la experiencia histórica infantil ha ido transformado lentamente sus discursos y prácticas, revistiéndolas de mayor sutilidad, de tal forma que el suplicio moderno del cuerpo infantil y la violencia disciplinaria de sus formas de intervención que consolidaron una anatomía política del cuerpo y apostaron por la configuración de una psique infantil domesticada y mecanizada está llegando a su fin, dando pauta al surgimiento de otras formas de dominación afianzadas al referente del consumo como eje de la existencia y a las nuevas tecnologías de la información.

Referencias bibliográficas

- DELEUZE, Gilles. *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. España, Paidós, 2005.
DELEUZE, Gilles. *Conversaciones*. Valencia, Pre-textos, 1999.
FORTANET, Joaquín. “La cuestión de la experiencia en el primer Foucault”. En:
<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fortanet55.pdf> (consulta: 06 mayo 2015)

¹³ Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI, México, 2000. P. 165.

FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad 2 – El uso de los placeres*. México, Siglo XXI, 2003.

FOUCAULT, Michel. *La hermenéutica del sujeto*, FCE, México, 2004.

FOUCAULT, Michel. *La historia de la locura en la época clásica*. México, FCE, 2006.

FOUCAULT, Michel. *Los anormales*. México, FCE, 2014.

FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI, 2004.